

Andrea Bajani

## Mapa de una ausencia

Traducción del italiano  
de Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Los personajes y los acontecimientos narrados son meros productos de la fantasía del autor y no se refieren a hechos o personas reales.

Supongo que te ocurrió a ti también, la primera vez que llegaste aquí. Que habría un hombre, justo detrás de la zona franca de recogida de equipajes, que te estaba esperando con tu nombre escrito en una hoja de papel blanca. Y, una por una, miraba las caras tratando de adivinar cuál era la que debía asociar con su letrero. El hombre que me estaba esperando presionaba contra la barrera levantando su hoja por encima de todas las demás, y más que un procedimiento de acogida, con esos carteles por el aire, parecía una manifestación de protesta. Después nos reconocimos, yo me acerqué hacia él y él dobló el papel en cuatro y lo hizo desaparecer en el bolsillo. En él estaban escritos tu nombre y tu apellido, como si fueras tú la que tenía que llegar y no yo, que estaba allí para ver cómo te metían bajo tierra.

Nos dimos la mano para presentarnos y después no nos dijimos nada más. Me dijo únicamente que se llamaba Christian, y luego bajó la mirada. En la mano se me quedó impreso el contacto con aquella piel tan dura, una mano que parecía prestada, de lo ajena que era a la cara apacible que no me miraba. Bienvenido a Rumanía, añadió después mientras cogía las maletas. Permanecimos quietos unos instantes a pocos metros de las puertas correderas, yo que no me decidía a salir y las puertas que se abrían y se cerraban al paso de las personas. Bienvenido a Rumanía, me había dicho, y, sin embargo, en aquel aeropuerto rumano yo solo veía a italianos yendo y viniendo, hombres y mujeres expeditivos que corrían jadeantes detrás de bolsas y maletas con ruedas. Que eran los mismos con los que había volado hasta unos minutos antes, los mismos que empezaron a dar gritos por teléfono tan pronto como el avión se detuvo en la pista, los mismos que habían seguido gritando dentro del autobús, y que luego habían desaparecido con su equipaje de mano mientras yo iba a esperar mi maleta. En medio de esa gente a la carrera una vez estuviste tú también.

Christian permaneció un rato a mi lado, quietos los dos en aquella zona de tránsito. Pero luego tomó la iniciativa, me dijo Sígame, y se encaminó hacia la salida, introduciéndose en la abertura de las puertas. Visto desde atrás, con sus hombros anchos y el cuello encajado, se comprendía la dureza de las manos. Cuando levanté la cabeza, Christian ya no se encontraba allí; lo vi desaparecer al otro lado de la calle, la gente que seguía pasando, el altavoz que seguía diciendo Aeroportul Otopeni y desgranando luego llegadas y salidas en todos los idiomas del mundo. Así que me dirigí yo también contra la puerta de cristal, disfrutando una vez más de ver cómo se abría un momento antes de que chocara contra ella. Me vi fuera, el sol me estalló en la cara, y Rumanía estaba allí. Busqué a Christian en medio del ajetreo, pero los destellos en los parabrisas eran demasiado violentos para poder distinguir algo a través de ellos. De repente, lo vi junto a mí, durante unos instantes estuvimos uno al lado del otro, sin saberlo, buscándonos ambos al otro lado de la calle. Después cruzamos, intentando encontrar huecos en medio del tráfico, metiéndonos entre los coches en fila, con las manos sobre los capós a modo de protección. Deambulamos un rato entre los coches detenidos; Christian no se acordaba de dónde había aparcado. Cuando vio el coche, aceleró el paso, lo hizo parpadear con el mando a distancia, colocó metódicamente mi equipaje en el maletero. Junto a nosotros había un Dacia antiquísimo de aspecto exhausto, parecía como si llevara allí quieto cincuenta años. El aparcamiento estaba lleno de coches como ese que parecían varados, como las bicicletas que se quedan atadas a los postes, con los propietarios muertos hace mucho tiempo, y la gente que pasa a su lado.

Insistió en que me sentara detrás, me dijo Por favor, abriendo la puerta. Después, durante buena parte del viaje per-

maneció en silencio. Yo le miraba la nuca, el nacimiento del pelo, buscando Rumanía en él, algún rastro de ti. De vez en cuando me miraba por el retrovisor, me decía Siento mucho lo de su madre. Pronunciaba esas palabras en un italiano nítido, con un acento de extrañeza más evidente en la mirada con la que las decía que en la forma en la que le salían. Tenía puesta una cara de luto, como si ese viaje que había empezado en el aeropuerto formase ya parte de tu ceremonia fúnebre. Christian fue tu chófer durante muchos años. Cada vez que aterrizabas en Bucarest él se presentaba en el aeropuerto, te esperaba detrás de la barrera y luego te liberaba del equipaje. Una y otra vez te hacía sentarte detrás, te buscaba una buena emisora en la radio y sin necesidad de que añadieras nada te llevaba a la empresa. Por la noche iba a buscarte y te acompañaba a casa. Desde entonces el coche se ha mantenido igual, con tu nombre impreso en el lateral junto con el de tu socio. Tú te sentabas donde estoy sentado ahora yo, veías lo que yo veo ahora, la ciudad que acababa de golpe, y nosotros, de repente, a cielo abierto en una campiña igual a sí misma durante kilómetros.

Christian tendría como máximo treinta años, pero demostraba muchos más, el pelo gris por encima de las orejas, los ojos pequeños como caramelos envueltos entre los manojos de arrugas que partían de modo radial. Conducía aferrándose al volante, como si quisiera oponerse con la fuerza de los brazos a la carretera maltrecha por la que me estaba llevando. Lo hacía como forma de deferencia, porque a pesar de mi edad no dejaba de ser tu hijo. A cada bache me buscaba en el retrovisor y decía Disculpe, como si fuera culpa suya el que no me lo encontrara todo en orden. Por eso íbamos despacio, Christian que daba pequeños volantazos para evitar los baches y yo que me agarraba al asiento de

delante y me entraba la risa ni siquiera yo sé por qué. De vez en cuando adelantábamos a un carrito arrastrado por un caballo, Christian me lo señalaba arqueando las cejas, con una mezcla de orgullo y de vergüenza. La campiña quedaba interrumpida por una retahíla de naves de chapa, levantadas una junto a la otra, cada una con su propio nombre en lo alto como una bandera: nombres italianos, franceses, alemanes, daneses, norteamericanos. La tuya no conseguí encontrarla, en medio de ese cordón de paralelepípedos que corría a nuestro lado durante kilómetros como una muralla de hojalata y cemento.

Después me dejé caer contra el respaldo, Christian que había encendido la radio y no me perdía de vista desde dentro del retrovisor. Levanté la tapa del cenicero, dentro había un cementerio de colillas aplastadas, tus cigarrillos; volví a cerrarla de inmediato. Ya casi hemos llegado, me dijo Christian al cabo de un rato, pero yo no sabía adónde estábamos llegando. Solo había recibido el telegrama de tu socio, de ese socio que estaba estampado junto a ti en el lateral del coche. En el telegrama únicamente se indicaba la fecha del funeral y un número de teléfono, al que había comunicado la hora de mi aterrizaje en el aeropuerto de Otopeni. Una chica me dijo por teléfono que alguien iría a buscarme y me llevaría a mi Destino. También me dijo Lo siento, Lorenzo, y dijo mi nombre como si nos conociéramos desde hacía tiempo.

Dejamos la carretera principal, tomamos por un camino de tierra que partía por la mitad la campiña, Christian apagó la radio. A lo lejos, delante de nosotros, se veía una nave azul plantada en medio de la nada, una especie de pabellón de caza hecho de hojalata. En el tejado, enfrente de la entrada, estaban colgadas dos banderas; la más grande era la italiana.

A su lado, más pequeña, ondeaba la bandera de la Juventus. Christian se giró hacia mí, me dijo Pues aquí estamos, y después volvió a mirar hacia adelante. Disminuyó la velocidad, tocó dos veces el claxon, y la verja se abrió por el medio. Yo repetí Pues aquí estamos, y luego entramos, con las dos alas de la verja que volvían a cerrarse lentamente por detrás de nosotros.